

*Edmundo Díaz Conde*

EL HOMBRE QUE AMÓ A  
EVE PARADISE



XLVII PREMIO DE NOVELA ATENEO DE SEVILLA

algaida

El jurado de los Premios Ateneo de Sevilla de Novela estuvo compuesto por Alberto Máximo Pérez Calero (Presidente de honor), Félix G. Modroño, Ramón Pernas, Miguel Ángel Matellanes, Miguel Cruz Giráldez y María A. Prior Venegas. La novela *El hombre que amó a Eve Paradise*, de Edmundo Díaz Conde, resultó ganadora del XLVII Premio de Novela Ateneo de Sevilla.

Primera edición: 2015

© Edmundo Díaz Conde, 2015

© Algaida Editores, 2015

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

ISBN: 978-84-9067-319-5

Depósito legal: SE. 1020-2015

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

## ÍNDICE

PRÓLOGO .....	13
---------------	----

### PRIMERA PARTE

1. Una última película .....	25
2. Jimmy Bowly .....	47
3. Madre e hija .....	63
4. La fotografía de la ahorcada .....	83
5. El irresistible encanto de la juventud .....	89
6. La Ciudad del Viento .....	97
7. Rick Patterson .....	113
8. Intuiciones de un detective .....	125
9. El precio del éxito .....	129
10. Mike W. Murdoch .....	151
11. Obsesión .....	163
12. Un admirador insospechado .....	189
13. El gacetillero ambicioso .....	199
14. Gánsteres de Chicago .....	211
15. Enamorada .....	229
16. Abdul Farah .....	243
17. Alexei Vasíliev .....	259
18. Sobre la pista .....	271

### SEGUNDA PARTE

1. El hipnotizador .....	277
2. La primera carta .....	291

3. En el camerino . . . . .	311
4. El recado . . . . .	333
5. Un hombre para recordar . . . . .	349
6. Ceguera repentina . . . . .	367
7. Nuevas noticias . . . . .	389
8. El punto débil de O'Tooley . . . . .	401
9. Rencor . . . . .	413
10. En tinieblas . . . . .	419
11. Un espectro del pasado . . . . .	437
12. La pista decisiva . . . . .	457
13. Fin de trayecto . . . . .	467
14. El veredicto . . . . .	481
EPÍLOGO . . . . .	493

*Para Camino de Prada,  
como siempre*

*Para mis padres*



«Fue en Nueva York  
una Nochebuena,  
que yo preparé una cena  
para invitar a mis paisanos.  
En la reunión,  
toda de españoles,  
entre palmas, vino y olés,  
por España se brindó.  
Como estaba prohibido por la Ley Seca  
allí nadie bebía vino de España.  
Yo pagué a precio de oro una receta  
para que se nos diera vino español.»

MANUEL PENELLA,  
*En tierra extraña* (1927)



# PRÓLOGO

*En las cercanías de Sevilla,  
a principios del siglo XX*



—**C**IERRA LOS OJOS —ORDENÓ.  
—Sí.  
—Caerás en trance sólo con escucharme —eso dijo—. Tienes que estar relajada. Confía en mí. Te dormirás cuando yo te lo diga. Después contaré hasta cinco. Estaré justo aquí. No me apartaré de tu lado.

El reloj de bolsillo aún seguía oscilando a derecha e izquierda. Pero la niña había cerrado los ojos y se concentraba en su voz. Una voz que cualquier mujer adulta habría calificado de aterciopelada, rica en amables matices, insólitamente acariciadora. Transcurrieron unos segundos.

—¿Puedes oírme?

—Sí —replicó.

Y él contó hasta cinco.

No hablaron mucho; nunca lo hacían.

Antes de comenzar la sesión, la niña había expresado su compromiso con la tarea pintándose una palabra en la frente con un carboncillo: **MAGIA**. Entonces él pasó una mano por delante de sus ojos y, con una suerte de estremecimiento, rozó las letras sin que la expresión de la niña se alterase y dijo:

—¿Vas a responder a todo lo que te pregunte?

—Sí.

—¿Confías en mí?

—Sí.

Era una de aquellas tardes abrileñas del Sur, un sur que, en ocasiones, podía ser un paraíso en los sueños de los hombres del Norte, pero que no tardaría en convertirse en un infierno. Una de esas tardes con aromas a jazmín y azahar, tardes como no se gozan en tierra alguna excepto en Andalucía.

Desde hacía semanas se citaban en un bosquecillo de encinas que había no lejos del cortijo El Silencio, al pie de un árbol robusto en donde había empezado todo: la soledad que era el origen de aquellas citas furtivas y la razón por la que la niña nunca pudo volver a evocarlas. La misma razón por la que todas aquellas tardes perdurarían en la memoria del niño para el resto de su vida.

Que no hablasen mucho obedecía a que, a su modo, ya desconfiaban de las palabras, les daban miedo. Preferían el silencio de los gestos y las actuaciones mudas. Es verdad que se llevaban seis años, y que no dejaban de ser unos niños; pero allí, sentados a la sombra de la eterna encina, atrapados por esa magia que es un agravio al sentido común de los adultos, todavía no les importaba el paso del tiempo, ni la riqueza, la fama o los apellidos de alcurnia que tanto deslumbran a quienes se dejan deslumbrar. Tal vez allí no estaban solos. Tal vez vivieron horas excepcionales y entre ellos se comprendían. Tal vez la importancia del asunto radicaba ahí, en aquel vínculo secreto del que los niños son tan conscientes.

¡Ay, si hubiera llegado a oídos de su padre que la pequeña Eva hacía migas con el vástago de uno de sus peones!

En las proximidades del bosque de encinas se extendía el cortijo del padre de la pequeña, no lejos de Dos Hermanas,

desde donde incluso se podía vislumbrar la Giralda. Su padre era un señorito andaluz que lucía un bigote merovingio y ostentaba el cargo de hermano mayor de la cofradía de la Sexta Angustia. En cuanto a su madre, era una yanqui oportunista y pobretona, con resplandores de actriz malograda y que paraba muy poco en el cortijo. Su bulliciosa vida, que ella disfrazaba de prácticas piadosas y actos de caridad, la ocupaba en el Café del Nuevo Mundo, el Novedades o el Suizo. Veinte años más joven que su esposo, en las conversaciones con sus amigas le daba a su marido el sobrenombre de el Viejo.

Claro que el Viejo no siempre fue viejo. De él se contaba que había sido un joven ávido de empresas temerarias, un segundón de rancia estirpe al que le fascinaba la caza y que hubo de sufrir cómo la fortuna familiar pasaba íntegramente a su hermano mayor. Y que, a pesar de eso, o precisamente por tal causa, se convirtió en un hombre de su tiempo con un excelente olfato para los negocios.

La cruda verdad es que hizo dinero con el tráfico de esclavos, en los últimos años en que la trata aún era legal. Un dinero que luego invirtió en la construcción de líneas férreas en la isla de Cuba, como socio del ferrocarril de la bahía de La Habana. No tardó en reinvertir los beneficios de la compañía ferroviaria en ingenios azucareros, que pudo adquirir a buen precio en el transcurso de la guerra Chiquita, cuando algunos hacendados prefirieron vender sus posesiones y refugiarse en las ciudades o regresar definitivamente a la Península.

El Viejo, temerario pero astuto como era, siempre había mimado la relación con los inversores norteamericanos en Cuba. Así pues, cuando el 24 de febrero de 1895 se sublevaron más de treinta poblaciones al este de la isla, supo con la certeza de los videntes que esta vez, a diferencia de las dos anteriores, por fin la guerra iba en serio. De modo que se apre-

suró a vender todas sus posesiones y activos financieros a esos mismos inversores norteamericanos que pronto se convertirían en los nuevos amos de la isla y lo dispuso todo para regresar a España.

De Cuba se trajo el suficiente dinero para comprar un cortijo de varias miles de hectáreas, unas cuantas propiedades inmobiliarias en Sevilla, que le garantizarían una apacible vejez de gran hacendado, y una mujer rubia a la que sacaba más de veinte años. Pero el Viejo seguía amando la caza más que a los hombres, y la vejez no resultaba interesante sin riesgo ni aventura. Empezó a despilfarrar a manos llenas, mientras su esposa, en sus círculos de amigas, fabulaba una infancia idílica en algún lugar indeterminado de Georgia o Luisiana, entre campos de algodón y sirvientes negros. Por desgracia para ella y su crédito, todo el que hubiese sabido algo de inglés habría advertido que no hablaba con el acento arrastrado del sur. Y es que la realidad era muy diferente pero no menos interesante.

El Viejo y ella se habían conocido en uno de tantos locales de entretenimiento que se habían abierto en La Habana al socaire de la llegada de dólares, donde ella ejercía de cantante, actriz de variedades, mujer de vida fácil o de todo eso a la vez. Allí la conoció el Viejo, acostumbrado a comprar todo lo que se le antojaba, y ella también estaba en venta. La transacción económica que le proporcionó, a precio de saldo, una mujer joven de la que ufanarse ante la mediocre buena sociedad sevillana, también incluía —eso sí, completamente gratis— el hijo que ella había concebido de un padre anónimo. El niño se llamaba Richard y, tras las nupcias, fue inscrito en el registro civil con el nombre de Ricardo Villasandino.

Por aquel entonces, con sólo diecisiete años, Ricardo Villasandino ya tenía justa fama de pendenciero, aunque para su hermana no dejase de ser un buen chico con el que mantenía

una notoria complicidad. La chiquilla a menudo encubría las cada vez más frecuentes gamberradas de su hermano, y él solía encajar sin lamentos no pocos bofetones destinados a ella. Amparados así, el uno en el otro, la niña siguió encontrándose con el hijo del jornalero, segura de que su hermano los avisaría si alguien estaba a punto de sorprenderlos. Y aquel día, como tantos otros antes, los dos amigos se habían sentado bajo la copa de la vieja encina mientras los grillos anunciaban la inminente llegada del crepúsculo.

—¿De veras que p... podrías? —había preguntado Eva, que tartamudeaba ligeramente.

—Si tú quieres, sí.

—¿Tengo que quererlo?

—No hay otro modo.

—Pues sí, lo quiero —lo miró fijamente a los ojos y dejó en la palma del niño nada menos que uno de los relojes de cadena de su padre.

—¿Estás segura? —impresionado, no perdía de vista el reloj.

—Sí.

—¿No tienes miedo?

—Intento que no.

El chiquillo admiraba su valor. Admiraba todo lo suyo, aquellas virtudes que hacían hermosa a la niña; pero su valor lo deslumbraba.

Aparte de su propia abuela —una mujer con fama de bruja, que tenía un montón de libros y leía como nadie en aquel mundo de analfabetos, una bendita que para ayudar a su hijo y a su nieto recolectaba plantas y raíces silvestres con las que elaboraba remedios que luego él vendía casa por casa—, su amiga era la única persona que no lo miraba como un bicho raro. Eva parecía haber nacido bajo otro cielo que la mayor parte de la

gente, pero la luz de sus ojos verdes y un poco rasgados se ensombrecía a veces con un aire de tristeza indefinida. En cuanto a su ligero tartamudeo, a él le resultaba delicioso; sin embargo, ¿no parecía estar siempre sobreponiéndose, rodeada de temores, como si hubiese hecho presa en ella la angustia crónica de los adultos y luchara por no sumirse en el desánimo?

Así fue como, cierto día, él planeó hacer algo al respecto: ayudarla con sus problemas de dicción. Decidió demostrarse a sí mismo que era tan valeroso como le había alentado su abuela a ser. Y durante mucho tiempo esperó una oportunidad que llegó por sorpresa aquella tarde de abril, cuando Eva le trajo el reloj de bolsillo de su padre; Eva, que conocía su don porque él mismo se lo había confesado.

—¿Seguro, Eva?

—Que sí.

El niño cogió respetuosamente por su leontina el reloj dorado del padre de Eva, lo balanceó a dos palmos de su cara, luego le ordenó que cerrase los ojos y acabó por decirle:

—Caerás en trance sólo escuchándome —eso dijo—. Tienes que estar relajada. Confía en mí. Te dormirás cuando yo te lo diga. Después contaré hasta cinco. Estaré justo aquí. No me apartaré de tu lado.

—¿Puedes oírme?

—Sí.

Le pasó una mano por delante varias veces y, guardándose el reloj de cadena, empezó a interrogarla.

Al final, le supuso un esfuerzo sobrehumano imponerse con la voz antes de chasquear los dedos para despertar a su amiga del trance. A Eva le pareció que el tiempo no había transcurrido, y a él que se alargaba infinitamente. Y cuando la niña le preguntó si la había hipnotizado, él, temblando de pies a cabeza, mintió y dijo que no siempre funcionaba.

No hubo ocasión de repetir la hipnosis, aunque tampoco él lo habría consentido. Al cabo de una semana, el padre de Eva apareció muerto en el salón donde atesoraba su panoplia de escopetas, con el vientre reventado por un disparo de postas. El cadáver del Viejo empuñaba con dedos como garfios una de sus Holland & Holland de caza.

En la prensa sevillana empezaron a correr ríos de tinta. Algunos periódicos conservadores expresaron sus inquietudes sobre un resurgimiento de la Mano Negra. Sacaron a la luz autores imaginarios que forzosamente procedían de las sociedades anarquistas que proliferaban entre los jornaleros andaluces; sin embargo, a pesar del apellido y patrimonio de la víctima, trascendió que Alfonso Villasandino estaba lleno de deudas. De modo que para sofocar en lo posible los rumores, la Guardia Civil echó tierra sobre el asunto concluyendo que se trataba de un accidente.

Unos meses después, la madre de Eva regresó, junto con sus dos hijos, a los Estados Unidos. Se dijo que tal vez a Georgia o Luisiana, y algunos añadieron que la pequeña, a consecuencia del *shock*, estaba aquejada de amnesia y que la familia se hallaba en la ruina.

Eva nunca tuvo ocasión de despedirse del hijo del jornalero. Tampoco él de confirmar si verdaderamente ella padecía amnesia, y mucho menos de devolverle el reloj de bolsillo que había pertenecido al padre de su amada amiga.



# PRIMERA PARTE

*Chicago, 1928.  
Veintiocho años después*



## 1. UNA ÚLTIMA PELÍCULA

### 1

—¡¡CORTEN!! —EXCLAMÓ MARTIN ZIMMERMANN, que resoplaba como un potro mientras un tranvía de la línea 66 cruzaba por Chicago Avenue tocando la campanilla—. ¡¡Corten!! ¡¡Corten!!

Se quitó la visera, se peinó con los dedos las hebras canas y volvió a calársela. Trabajosamente, alzó de la silla una renqueante humanidad que sobrepasaba con mucho las doscientas libras y se aproximó a la pareja protagonista.

Detrás de las vallas de protección, se apiñaba una multitud. Hacía años que los grandes estudios cinematográficos de Chicago, tras cerrar sus puertas para siempre, se habían largado a la costa oeste en busca de más horas diurnas, rehuyendo el férreo control que Edison ejercía sobre sus patentes. Pero cualquier rodaje —y sólo unos meses antes también se había rodado en aquellas mismas calles *Chicago After Midnight*— hacía concebir entre los ciudadanos la infundada esperanza de que cualquier día volverían a abrirse las puertas de los estudios.

Jack McFinney, galán de unos treinta años, estrella emergente del celuloide, vestía como un labriego en día festivo y

llevaba el pelo pegado a las sienes con raya al medio. Liberó de su abrazo a la mujer y midió con expresión consternada el disgusto del director, que le dijo:

—Te robo a tu amante, Jack. Ve a fumarte un cigarrillo.

—Gracias, señor Zimmermann —repuso Jack McFinney alejándose de la fachada de la catedral con alivio.

—¡Quince minutos de descanso! —bramó Martin Zimmermann, y, como si la orden hubiera resonado, no en plena State Street, sino en el mercado de Maxwell Street, los murmullos del público sucedieron a las voces del equipo de rodaje—. Encanto, ¿qué te ocurre? ¿Quieres dejar de ser natural y parecerlo? ¿Quieres fingir como es debido?

—Eso intento, Martin.

—¡Fuego, muñeca! No seas natural; parécelo. Es tu especialidad, ¿recuerdas? —le pellizó una mejilla—. Eres la actriz del rostro fascinante. Qué modo de expresar cualquier pensamiento, cualquier emoción. Tienes el privilegio del rostro, muñeca. Puede ser hermoso y temible, pero también dulce y amargo. Tú tienes poderío escénico, Eve, no lo olvides.

—Ya. Como Sarah Bernhardt, me dirás ahora.

—Efectivamente, como Sarah Bernhardt, la Divina.

—Oh, Martin. Eso fue en el teatro. Los tiempos c... cambian, y esto es cine. Además, el mudo está muerto.

—¡Bobadas! ¡Bobadas! —exclamó el director haciendo caso omiso de su ligero tartamudeo. Volvió a quitarse la visera de forma maquinal, se pasó la mano por la frente sudorosa, volvió a calársela y, tomando por los hombros a la estrella, dijo mirándola fijamente a los ojos, como tratando de hipnotizarla—. Eve, déjame a mí las reflexiones sobre el negocio y concéntrate. Tuyo es el papel principal. Todos lo saben y te esperan. ¡Tú eres la *vamp*, la *femme fatale*! Y vas a demostrárselo al público, ¿estamos?

—Que sí, Martin.

—Quiero que me escuches atentamente. Ese joven palurdo de Jack... Tienes su corazón en la mano. Es la primera vez que el tipo deja el pueblo y abandona a su mujercita. La primera vez que viaja en tren, a través de anchas extensiones de pradera abierta, dejando atrás filas y más filas de postes telegráficos, rumbo a la gran ciudad, que ya divisa en la lejanía, en donde grandes columnas de humo suben hasta el cielo —casi declamó el director, sirviéndose de un brazo extendido.

»Ha venido a la gran capital a divertirse con una mujer de mundo. Es la primera vez que llega a la estación de Park Row, junto al lago. La primera vez que pasea por anchas avenidas como desfiladeros, con los edificios más altos del mundo a los lados, reflejando en sus cristales el último sol de la tarde. ¿De acuerdo? Bien. El pobre mira hacia arriba guiñando los ojos, incrédulo, y sonrío; luego te mira a ti con ojos de vértigo. Le enseñarás a ver los rascacielos desde abajo, y también a verlos desde arriba. Porque los rascacielos rozan las nubes. Como él mismo. Por eso te abraza, por eso te adora.

»Es la primera vez que contempla las dársenas y los muelles de Chicago, los autobuses de dos pisos que se ladean en las curvas, los automóviles que llenan las calles, las luces reflejadas en el río a la luz del crepúsculo. Se está enamorando, Eve. Tú lo has vuelto sabio. Lo has vuelto desesperado.

—¿Has dicho una mujer de mundo? ¿Me estás llamando vieja?

—Qué susceptibilidad.

—Te advierto que es demasiado mayor para mi gusto, Martin. Me van los más jóvenes.

—Continúo —dijo el director irguiendo un dedo admonitorio—. Ya has seducido al palurdo, y ahora, por la memoria de mi santa madre, vas a enseñarle lo que es divertirse en Chicago,

rodeado por más de tres millones de habitantes, una de las cinco ciudades mayores del mundo, lejos de la lecherita.

—De su esposa.

—Me da igual. Convéncele de que su vida es un montón de estiércol; enséñale a disfrutar lejos de las vacas —observó apuntándola con el mismo dedo admonitorio—, o te juro sobre la cabeza de mis hijos que renuncio al cine para siempre.

—¡Oh, Martin!

—Nada de «¡Oh, Martin!» Y, por cierto, hablando de convencer. ¿Sabes lo que costó arrancarle al alcalde Thompson su bendición para filmar esta puñetera Catedral del Sagrado Nombre, aquí mismo, delante de este pedazo de zócalo? —dijo acercándose a la piedra blanca. La actriz lo siguió—. ¿Te lo canto en cifras, Eve?

—Big Bill Thompson.

—Sí, Big Bill Thompson —y, en un hilo de voz, como un niño que sopla un secreto a otro—. El alcalde de Al Capone. El mismo que declaró que la policía perseguiría a los ladrones, pero no a los que violaban la Ley Seca.

Martin Zimmermann se agachó a la altura del zócalo a la manera de un arqueólogo y murmuró:

—«Todas las rodillas deben... cielo y tierra». ¿Sabes qué ponía originalmente?

La actriz se agachó a su lado con una mueca de disgusto.

—Estoy esperando que me lo digas.

—«En el nombre de Jesús, todas las rodillas deben hincarse en el cielo y en la tierra». Epístola de san Pablo a los filipenses. Impresionante, ¿verdad?

—Me aburro —replicó ella bostezando.

—Al parecer, Capone tenía entre ceja y ceja eliminar a los cabecillas de la banda del Norte, Hymie Weiss y Bugs Moran. Seis pistoleros montaron guardia durante una semana desde

allí —dijo señalando la segunda planta de una pensión situada al otro lado de State Street—. El 11 de octubre de 1926 un chorro de fuego cruzó la calle, acribilló a unos, hirió a otros y dejó hecho cisco este zócalo llevándose media inscripción.

—Me recuerdas a mi doncella —y suspiró mientras se levantaba—. Le fascina el hampa. Parece una agente del FBI infiltrada en el servicio doméstico. Lleva años estudiando la crónica negra del *Chicago Tribune*.

—La vida, cielo, tiene bastante de crónica negra; y la gente es curiosa. Un viejo dicho de esta ciudad reza que si quieres conservar el respeto por los ediles o el apetito por las salchichas, no presencias cómo se acicalan los primeros y cómo se elaboran las segundas —desde abajo, Martin Zimmermann clavó la mirada en Eve—. Cielo, no podemos permitirnos un fracaso de taquilla. ¿Recuerdas?

—Ajá.

Y, como si al director le viniera a la memoria algo inolvidable, se golpeó la frente con la palma abierta.

—¡Oh, vaya! ¡Discúlpame! ¡Mi querida Eve! —se puso en pie con sobrehumano esfuerzo. La abrazó mientras resollaba—. Soy un zoquete.

—Me estás estrujando.

—¿Cómo se me ha podido pasar? ¡Felicidades, muñeca! No se cumplen treinta y siete todos los días.

Ella lo miró y en sus ojos había tal desvaída mezcla de nostalgia y docilidad, tal negación de sí misma y de sus logros que se diría una vulgar actriz de reparto, no Eve Paradise. La mujer que deslumbraba con su aura, en este instante habría provocado la extrañeza de sus más rendidos admiradores.

—¿Sabes qué? —preguntó Zimmermann, que en el medio era conocido con el sobrenombre del Zorro—. Nos vamos a tomar el día libre. Voy a llamar a tu chófer —dijo bus-

cando con la vista el Packard del estudio que Eve tenía estipulado por contrato—. Te vas al hotel, descansas y celebras el día como te plazca. ¿De acuerdo? Mañana reanudamos el rodaje.

A Martin Zimmermann que los actores de sus películas se alojasen en el mismo hotel le causaba un arroyo al que no sabía resistirse. El alojamiento común durante el rodaje, con la excepción de la noche de los sábados, era una de las cláusulas innegociables, incluso para Eve Paradise, que residía en Chicago y conservaba la primera mansión que había adquirido en los Estados Unidos cuando la Ciudad del Viento aún era la meca del cine. En teoría, el director ansiaba que sus actores principales estrechasen lazos, que se fascinaran y ahondasen en sus respectivos egos; en la práctica, lo que buscaba el Zorro era que acabasen enredados, a la greña o compartiendo lecho. Pero así trabajaba ese estudioso del vértigo y uno de los más laureados directores de cinematógrafo.

En el mundillo del cine, nadie ignoraba sus tretas. Y Eve Paradise, menos que nadie. Le repelía ese modo zorruno de proceder; no obstante, ¿cómo habría podido renunciar a la oportunidad de que Martin la dirigiera de nuevo?

Ya había renunciado a protagonizar *El viento* y, por consiguiente, a que Victor Sjöström, o Seastrom —como Hollywood había rebautizado al sueco—, la dirigiese. Al parecer, la película ya estaba a punto de estrenarse. Eve se había visto obligada a digerir la humillación de ver cómo la insoportable de Lillian Gish, con sus expresiones de histriónico espanto y aquellos ojos que se le salían de las órbitas, aceptaba el papel protagonista. Y lo peor, su representante acababa de decirle que habían cambiado el final de la película, razón por la que se había pospuesto el estreno hasta finales de noviembre. ¡El final! Cuando resulta que ella había renunciado a *El viento* sólo por

el final. Por eso no podía permitirse frivolidades con las ofertas de Martin Zimmermann.

—¿Por qué rechazaste *El viento*, Eve? —insistía en preguntarle su agente, Simon Larabee—. ¿No te das cuenta de que el Chico de Oro tiene una jodida memoria?

A la gente del cine le gustaba llamar por su apodo a Irving Thalberg, el omnipotente productor de la Metro-Goldwyn-Mayer. *El Chico de Oro* no solamente hacía justicia a su juventud, un atributo que Eve Paradise admiraba sin reservas, sino que le confería rasgos casi humanos.

—El final era horrible. Propio del puritano de Seastrom. Si me hubieran dicho que iban a cambiarlo...

—¿Y me lo confiesas ahora, Eve? ¿Por qué no explicaste tus razones entonces, en vez de negarte de plano?

No le gustaba hablar mucho, explicar demasiado. Que ella recordase, nunca le había gustado. Y era una estrella. Odiaba el cine sonoro. Cuánta palabrería.

Sin embargo, Eve amaba su profesión y también su estatus. No tanto por satisfacer una vanidad frívola como porque el público la adorase. Necesitaba ser querida, pero aspiraba a que la amaran desde una remota distancia, en su cielo, como se admira una aurora boreal o una estrella, sin pretensiones de ensuciarla con húmedos besos y abrazos cálidos. Esa regla admitía sólo una excepción: los chicos jóvenes. Y no todos, desde luego.

Le gustaba suscitar deseos babilónicos, y la aspiración de hacer un gran personaje de sí misma representaba, por derecho propio, un desafío; sin embargo, como las estrellas que rigen los destinos legendarios, su cegadora luz emanaba del pasado mucho más que del presente.

No era dócil, odiaba el sentido común y actuaba con más atrevimiento que la mayor parte de las mujeres; en algunas fa-

cetas, se sentía casi tan libre como un hombre, una libertad que le reportaba su condición de estrella. Entonces, ¿cómo no desear seguir siendo una diva del cine? ¿Cómo prescindir del éxito en lo sucesivo? Además, para Eve la interpretación no escondía secretos. Incluso alimentaba la idea de no haber hecho más que fingir a lo largo de toda una vida y, a diferencia de lo que rezongaban las voces farisaicas y las mentes amargadas, el éxito era el mejor bálsamo para todas las adversidades.

De camino a su hotel en Michigan Boulevard, en pleno corazón del Loop, se dijo que si amaba tanto el cine como a los chicos jóvenes venía a ser, bien mirado, por lo mismo: el cine era, por ahora, un arte inocente, no hacía daño y ofrecía toda clase de promesas. Con respecto a Zimmermann, aunque hacía de ella su actriz fetiche y se empeñaba en recordárselo, el viejo zorro no se salía del guion. En caso de que esta vez la taquilla no respondiese, el mago del cine mudo sería el primero en saltar del buque y dejarla expuesta a las tempestades. Eve no se engañaba: el séptimo arte estaba dejando de ser joven, se volvía maduro, astuto y retorcido. El tiempo del cine mudo tocaba a su fin, y con él, su propia carrera, por desgracia.